



# prosa SUELTA

1840-1867

primera parte

por Rafael Pérez Gay

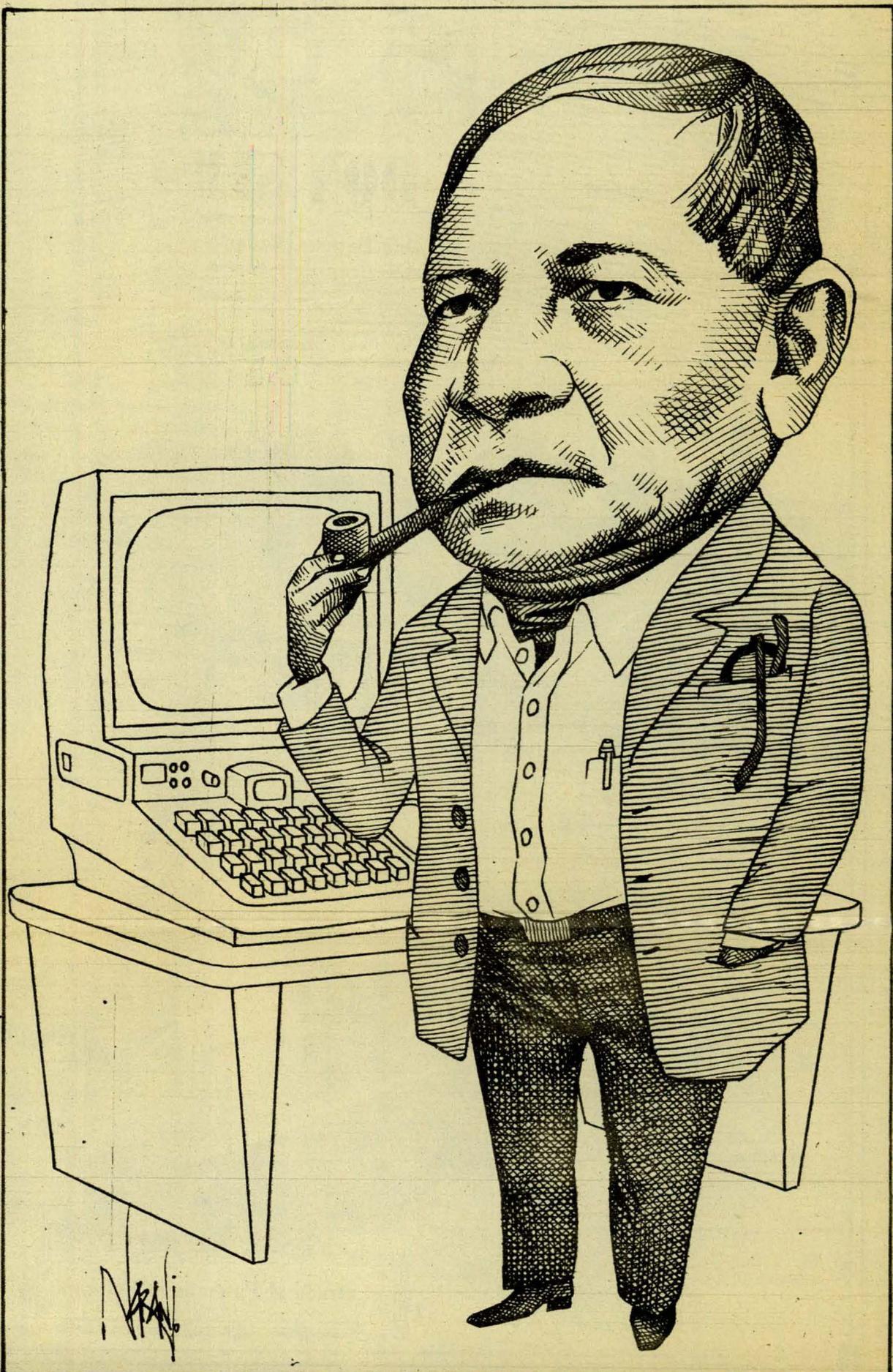
## Hermana Menor

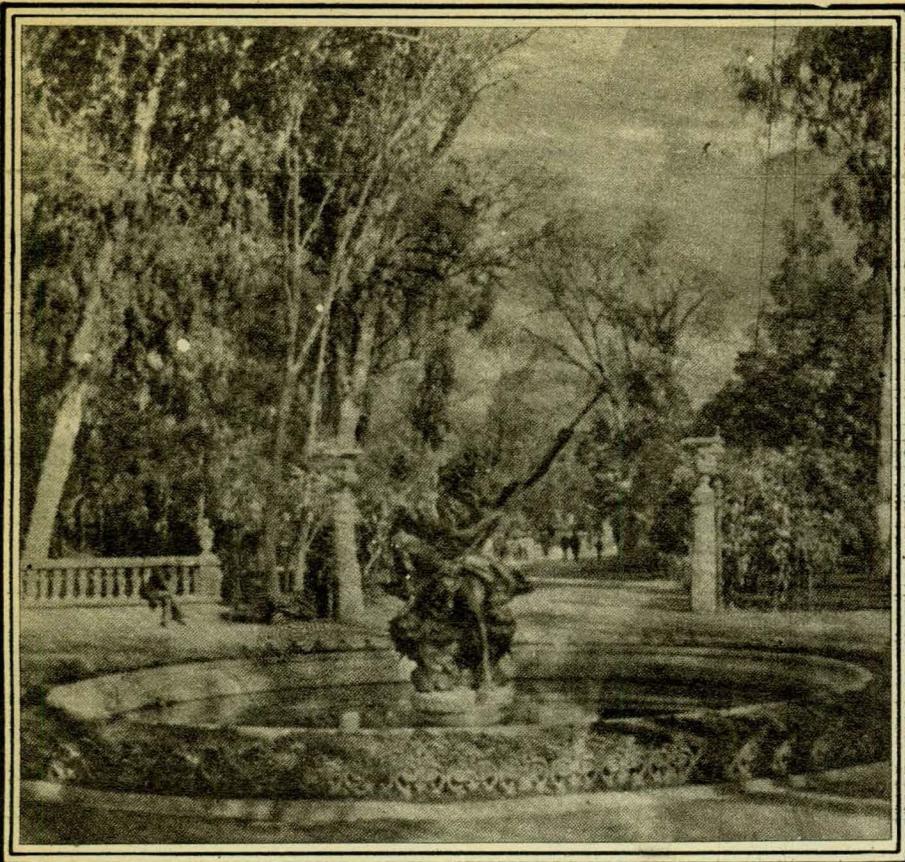
**A** LA PROSA MISCELANEA del siglo XIX la marcan los amores y soledades de una hermana menor. Esa es su desesperación y su agitado descubrimiento en el retrato de familia que ofrece la historia de la literatura mexicana.

Y como a todas las hermanas menores, se le sobreprotege, se le desconoce y en el fondo se le ignora. La trama repite un esquema universal que es a la vez una esperanza: que el tiempo haga lo que historiadores y críticos descuidaron, acaso éste sea el rasgo esencial que delata la lectura de esa hermana menor que no llegó a la realización de sus mayores: la novela y la poesía. La historia encierra el relato de una incorregible diversidad, se trata de una enamoradiza que confunde cuento, crónica, memorias, libros de viajes, viñetas, artículos misceláneos. Y como es todo y nada a la vez, a la prosa narrativa hay que cuidarla y llevarla al bautizo, entregarla a la noción de cuento y, por si fuera poco, colgarle milagritos: neoclásica, romántica, modernista, etcétera; o bien, inventarle límites coercitivos: aquí termina el país del relato, allá el de las memorias, más lejos el de los viajes. Por lo demás es casi una desconocida —como una parte importante de la literatura del diecinueve—, de la que no disponemos todavía ediciones asequibles que no sean el servicio rápido del prólogo y la antología, el resto duerme en bibliotecas inexpugnables y archivos secretos. De modo que la prosa suelta añade paciencia a la soledad.

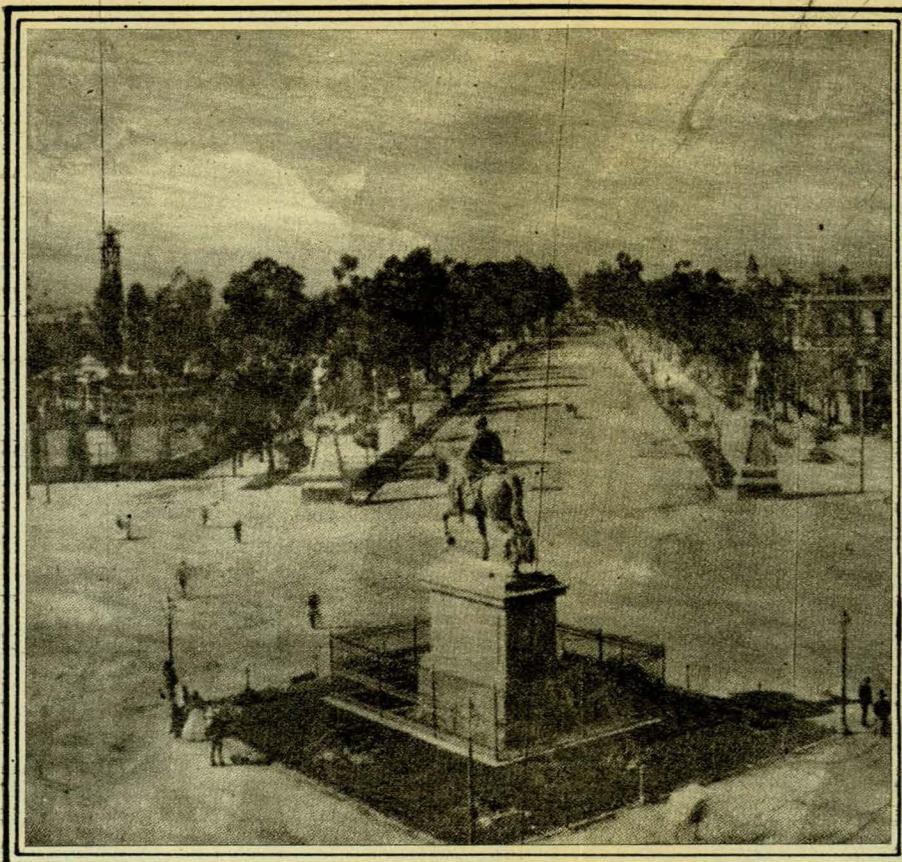
En cuanto al amor, el primero y más perdurable de la hermana menor pertenece al periodismo; aquél por el que descubre el mundo, con quien se siente más cómoda y realiza sus mejores deseos es, por decir así, su verdadera pasión y razón de ser. Lo que sigue quiere ser un perfil de esa hermana menor de la literatura nacional —que no lo es tanto—, un acercamiento a sus soledades y a ese primer amor que como todos los debuts no deja de ser irrepitible, intenso y desdichado.

Esta aspiración sirve sobre todo para acercarse a la prosa que sigue a la de la fundación literario-periodística del diecinueve. Los que vinieron después de la tenacidad lizardiiana, de las memorias novelescas de Fray Servando, de los periódicos insurgentes, de la autobiografía de Guridi, de Alamán, Mora, Zavala. Es decir, lo que va de la revolución de Independencia a la tempestad con que se topa la cuarta década del siglo, la nación amenazada y los puentes sobre aguas turbulentas que fueron la Revolución de Ayutla, la Reforma, la Guerra de Tres Años, la Intervención y el Imperio. La tormenta que amaina con Juárez desemboca, pacífica e institucional, en el porfiris-mo. El lapso, arbitrario y desigual, rebana alrededor de treinta años literarios, de 1836 a 1867; va de la fundación de la Academia de Letrán a la





La Alameda.



Entrada al Paseo de la Reforma.

aparición de El Renacimiento y el programa regenerador de Ignacio Manuel Altamirano.

A estos escritores los une un empeño, "emancipar la literatura nacional", mexicanizarla. De ahí que su obsesión se centre en el paisaje; en los nuevos mexicanos que forman, a duras penas, el país; en el regreso al pasado indígena en busca de certezas y orígenes culturales; en las tradiciones y leyendas que pueblan el pasado inmediato. Esta primera generación se compone de hombres nacidos entre 1800 y 1832: José Joaquín Pesado (1801-1861), Manuel Payno (1810-1894), Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), Guillermo Prieto (1818-1897), José María Roa Bárcena (1827-1908), Florencio María del Castillo (1828-1863), Vicente Riva Palacio (1832-1896).

La prosa del diecinueve es prosa periodística. La vida de cada escritor es la de uno o varios periódicos; o al revés, cada publicación guarda la biografía de estos prosistas de la misma forma en que un amor esconde una historia sentimental que siempre acaba por imponerse. Por lo mismo, hay por lo menos otro camino para acercarse a estos extremos que delimitan el periodo. El cambio es el siguiente —no es un atajo, sino una prolongación que dice que en literatura la tangente no está tan lejos del centro: el ciclo se abre con la fundación de El Siglo XIX (1841) y El Monitor Republicano (1844) y cierra, o se prolonga, con la inauguración de El Renacimiento y el Liceo Hidalgo. Sus interiores incluyen los pleitos políticos y la creación literaria, el espacio de la "mexicanización" entre airados debates constitucionales, las leyes de Reforma, los bienes del clero, los asuntos de la Iglesia. Liberales o conservadores, los protagonistas buscan lo que José Luis Martínez llamó un tanto vagamente "expresión nacional". Con este agregado, los prosistas se multiplican: Juan Bautista Morales (1788-1856), Melchor Ocampo (1814-1861), Ignacio Ramírez (1818-1879), Francisco Zarco (1829-1869), Ignacio Marocho y Aguilar (1813-1884), Bernardo José Couto (1803-1862), Clemente de Jesús Munguía (1810-1868), Vicente Segura Argüelles (?-1860) e Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893).

Esta prosa es la red de una aventura, el periodismo mexicano, que corre pareja con el país y es uno de los capítulos más apasionantes de la cultura mexicana por lo que trae de fundación, defensa heroica, concentración creativa, invención política y la certeza ejemplar de que, como la nación, la literatura no acepta menos que la entrega de la vida. Así, la declaración inaugural es un sueño de Francisco Zarco —o mejor, un de-

seo liberal— soltado al vuelo en alguna ocasión durante el Congreso Constituyente de 1856:

La prensa, señores, no sólo es el arma más poderosa contra la tiranía y el despotismo, sino el instrumento más eficaz y más activo del progreso y la civilización.(1)

A esta imagen la acompaña, para cerrar el ciclo, otra de Altamirano, cuando se refiere al cambio periodístico que trae el año de 1867:

Bendito sea ese cambio, porque gracias a él, la literatura abrió pasó al progreso, o más bien dicho, lo dio a luz, porque en ella habían venido encerrados los gérmenes de las grandes ideas que produjeron una revolución grandiosa. La literatura había sido el propagador más ardiente de la democracia.(2)

Victoriano Segura también hizo su apuesta:

El periodismo es el mayor enemigo de la buena literatura, el que impide todo adelan-

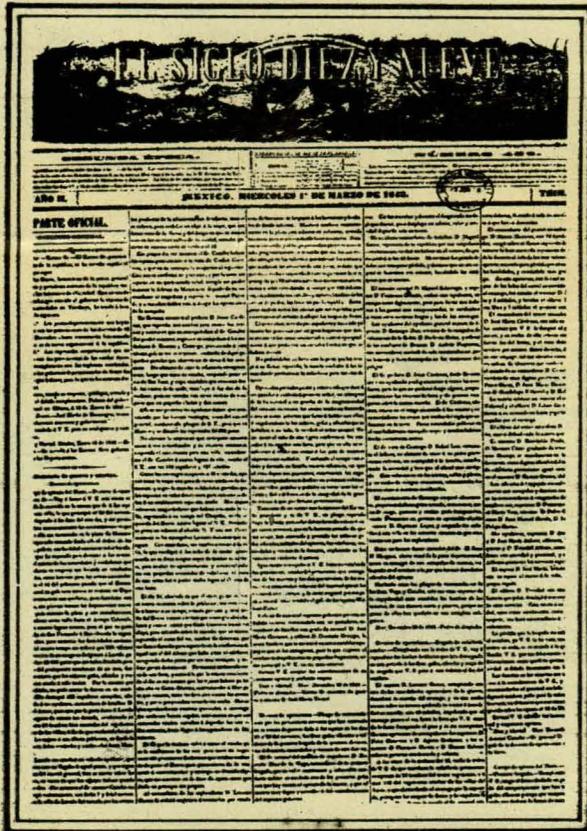
to y perfeccionamiento, el que no consiente estudio, meditación ni calma para los escritores. El periodismo es también el que difunde y sostiene el mal gusto general.(3)

No hay tiempo para la meditación y la calma, se escribe como se participa en la vida política del país, urgentemente. No hay más adelante y perfeccionamiento que el de la prosa al día. Y por lo que toca al mal gusto, no es otro que el encuentro con lo mexicano, eso que significó también un programa: construir una literatura nacional. Por lo demás los diarios de la época se encargaron de ablandar el radicalismo de don Victoriano. La mejor prosa salió justamente de las publicaciones que no consintieron la calma y el perfeccionamiento; del furor periodístico, el empuje de sus redactores y colaboradores. Esa prosa viene de El Siglo XIX, El Monitor Republicano —en ambos escribieron todos los liberales y montaron esa galería cultural que se conoce como liberalismo—; emerge también de periódicos conservadores, de La Cruz, que dirigieron Pesado y Munguía y de La Sociedad, que redactaba Roa Bárcena.

Este es un buen punto de partida para sacar algo del pozo de la prosa, un comienzo en efecto multitudinario y confuso, pero seguro de sus calidades y producciones, de todo eso que encerraba la ilusión zarquiana del periodismo como instrumento de civilización y progreso, dos cartas mayores, ases en la manga de los liberales. Don Daniel Cosío Villegas, refiriéndose a la República Restaurada, le puso el cascabel a este gato liberal:

México se acercó entonces a la vida democrática mucho más de lo que ha estado antes y de lo que ha estado hasta el día de hoy. La prensa y el parlamento eran libres y cada hombre era y se sentía libre, demasiado libre, quizás. Y existía, rara avis, un interés general sostenido en los negocios públicos más un entendimiento de ellos, burdo, pero claro. El grupo de dirigentes no sólo ha sido el mejor que ha dado la nación hasta ahora, sino que era amplio, nutrido y lo formaban hombres con méritos propios y ciertos.

Estos escritores nacieron y crecieron durante la revolución de Independencia y el imperio de Iturbide, fueron a la escuela, tiraron largos rollos en las tribunas, hicieron periodismo a todas horas, escribieron poesía y novela. A la muerte de Maximiliano se integraron todavía más a la polí-



tica —los liberales— o esperaron nerviosos la llegada de El Renacimiento para incorporarse a las letras públicas —los conservadores—. La mayoría murió en los noventa dejando atrás el liberalismo militante de sus años jóvenes; iban sobre las ruedas del porfirismo, alguno de ellos —Prieto— alcanzó todavía a conspirar en la vejez y otro —Riva Palacio— tuvo chamba con Díaz, bajaba el siglo la cortina con el sueño de la prosperidad y el progreso.

## Periodistas

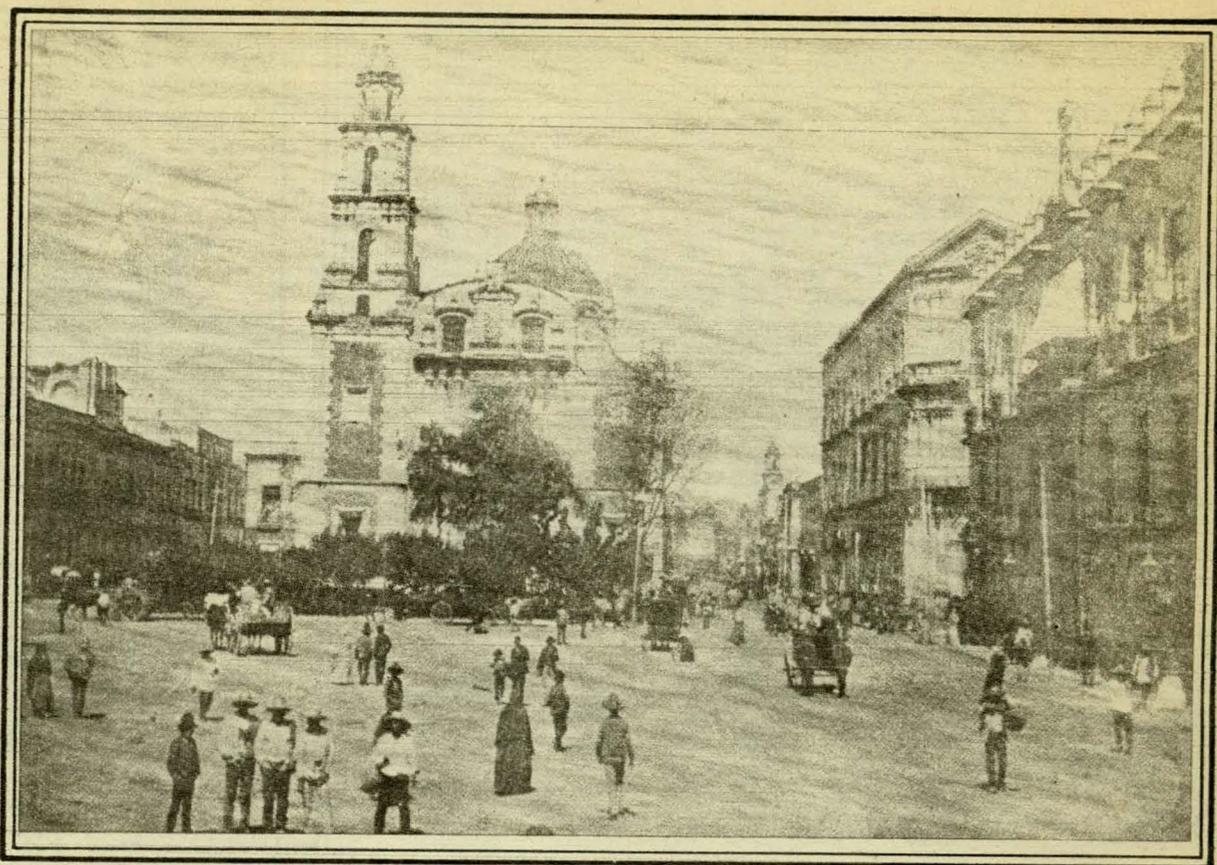
La entrada a la prosa narrativa del siglo por la puerta del periodismo es amplísima, pero aún está poco documentada. Los materiales de este archivo constituyen acaso el inédito más importante de nuestra literatura y la hemeroteca tiene la palabra. Se sabe que la vida de la generación de escritores que nació entre el diez y el treinta del siglo pasado es inseparable de los diarios, que Manuel Payno está en el Museo Mexicano, en El Ateneo, en El Eco Comercial; Riva Palacio en La Orquesta y El Radical; Roa Bárcena en La Sociedad; Pesado y Munguía en La Cruz; Zarco, Prieto y Ramírez en Don Simplicio; todos los liberales en El Siglo diez y nueve y El Monitor Republicano —por mencionar sólo algunos—; que en esas páginas está la mejor literatura de la época; que de ahí salen sus mejores piezas y a ellas vuelven como los amantes obsesivos en busca del primer encuentro.

Pero sucede que este capítulo de la literatura mexicana no está escrito. De lo que hay sobre el asunto, buena parte se le debe a María del Carmen Ruiz Castañeda, quien se dedicó a estudiar durante años y seriamente el tema enorme de los periódicos mexicanos. Pero no ha sido suficiente, nuestra literatura tiene hoy escritores prácticamente inéditos o conocidos apenas por una obra, muchas veces la más floja y prescindible. No hay, pues, una ruta disponible que no sea el empedrado de la hemeroteca y el polvo de los archivos, el reino de los documentos secretos.

A este asunto le sigue de cerca otro que le pisa los talones: los lectores, esa cosa deseable y casi utópica en aquellos años turbulentos. La idea del lector también es, por la ausencia de datos, poder del ilusionismo. Es decir, en 1793, Nueva España tenía casi seis millones de habitantes; de esa población, según apunta Jesús Reyes Heróles, sólo treinta mil mexicanos sabían leer. Luego, en vísperas de la revolución de Independencia los mexicanos llegaron a ser seis millones. A fines de los cuarentas se alcanzan, en números redondos, siete millones. En la quinta década, México pierde la mitad de su territorio y con él más de cien mil habitantes(4). En 1865 García Cubas propone ocho millones setecientos mil. De esta población, el mismo García Cubas estimó que el 38% de la población era indígena, o sea que más de un tercio de los que se llamaban mexicanos vivían fuera de la mexicanidad. Algo más de siete millones constituyen entonces el México Rural, y se supone que forman el 80% del total del país; es decir, las cuatro quintas partes de la gente del país viven del cultivo de la tierra y sus ocupaciones son agrícolas. Según Ignacio Ramírez, era más numerosa la población indígena que la del resto de los mexicanos. El Monitor Republicano calculó que los cinco séptimos de nuestra población eran indígenas. Prieto interviene:

Contamos con una población muerta, improductiva, ignorante e infeliz; es decir, hay más de cuatro millones de personas segregadas de la sociedad por su origen, por su educación y por sus costumbres, que no conservan siquiera las costumbres salvajes.

De la revolución de Independencia a la cuarta década, ¿cuánto mexicanos saben leer? Uno de cada diez. Son quienes le entran a los periódicos, el principio de una cadena oral que transmite las



Plaza de Santo Domingo.

noticias. Este es el astro que rige los alcances y las influencias del periodismo, la órbita verbal que lo domina.

Este principio de realidad no le quita calidad, libertad y entusiasmo a la aventura del periodismo mexicano. Al contrario, la vuelve mucho más imprescindible. Como sea, las dos principales empresas culturales del siglo crecen inmejorablemente: El Siglo XIX, que funda Ignacio Cumplido en 1841, y El Monitor Republicano, de Vicente García Torres, en 1844. Su larga edad acumula varias interrupciones provocadas por los tiempos de guerra: el primero deja de aparecer de 1845 a 1848, durante la invasión norteamericana; de 1858 a 1861, por la guerra de Reforma, y de 1863 a 1867 a causa de la Intervención francesa; el otro, no se publica de 1853 a 1855 durante el santanismo y de 1863 a 1867. Fueron completísimos órganos de oposición liberal, verdaderos almanaques de literatura, propuesta cultural y pleito político. El avance de esta prensa es, si se piensa en el pasado inmediato, casi una apuesta imposible.

Cuarenta años atrás, al abrir el siglo, Nueva



España contaba con dos imprentas —a pesar de ser el que primero la conoció en el nuevo mundo—, la de Jáuregui y la de Ontiveros. En esos aparatos se imprimieron los órganos oficiales del Virreinato, primero las Gacetas y luego El Diario de México. La prensa de los rebeldes trae, tiempo después, la épica de la revolución entre episodios heroicos: la primera vez, por la mano del artesano sublevado, los escritores mexicanos escriben libremente; el oficio del rebelde: José María Cos, el insurgente, construye con pedazos de madera y tintas naturales una imprenta para los revolucionarios. La imagen es naturalmente heroica: las esposas de los Guadalupe —esos masones, conspiradores, promotores cortesanos de la revolución— deciden un viaje nocturno. Separan las piezas de una rudimentaria imprenta y salen en una diligencia rumbo a Sultepec. Entre las anchas faldas, estas damas decentes de corte y compota esconden manijas, tipos, planchas. La frontera que marca la vigilancia realista permite el paso de noche rumbo a Michoacán. Antes de entrar al campo de batalla, un enviado insurgente recibe las piezas y arma la imprenta que difundiría los informes guerreros del ejército del sur que comandaba Morelos. En ella se imprimirán los partes de guerra de El Ilustrador Nacional.

A aquel estallido de voces, papeles y hojas volantes le espera, al doblar ese cabo de la esperanza, el iturbidismo. Con la censura, la prensa regresa a la oscuridad acrílica de las gacetas y el servicio absoluto al gobierno. Esta breve noche del periodismo termina, como muchos episodios mexicanos, con un fusilamiento.

Muerto el emperador, los combates de la prensa se reinician ahora con el ring político puesto para centralistas y federalistas, los encontronazos de yorkinos y escoceses. Se publican entonces El Observador (1826), El Aguila Mexicana (1824) y El Correo de la Federación (1829). Vencedor el federalismo, la polémica se traslada al ruedo de liberales y conservadores. Los años pendencieros giran en torno de Santa Anna, Su Alteza Serenísima es el blanco ideal de periódicos, la adhesión más ventajosa y el centro de la opinión.

Al paso de esa exaltación periodística y con la censura santanista encima se funda El Siglo XIX y tres años más tarde El Monitor Republicano. Ambos son el escenario insuperable de la bravata de los cincuentas y principios de los sesentas; el instrumento ideal de los escritores es el artículo acalorado, de tribuna y oratoria. En 1861 el Zarco escribe:

La prensa periódica ha llegado a tomar tal vuelo y a abarcar de tal modo la vitalidad de las naciones, que como una especie de daguerrotipo de lo presente, tiene cierto aspecto de importancia para la posteridad. Las publicaciones periódicas comienzan a ser, para los historiadores, una fuente inagotable que les permite reconstruir con toda exactitud las épocas posteriores al desarrollo del periodismo. (5)

Una observación borgiana indica que las fechas son para el olvido, pero fijan en el tiempo a los hombres y las cosas. Así, **El Siglo XIX**, ese papelón de cuatro páginas que vino a cambiar lo que hasta la cuarta década del siglo diecinueve se entendió por periodismo, se presentó así un viernes ocho de octubre de 1841:

Ya que el siglo XIX ha presenciado nuestras amarguras y miserias; ya que ha sido testigo de nuestras más frecuentes disensiones, que lo sea también de la reconciliación general, señalándose en lo sucesivo desde fines del año 1841, la quietud y el engrandecimiento de la nación mexicana.

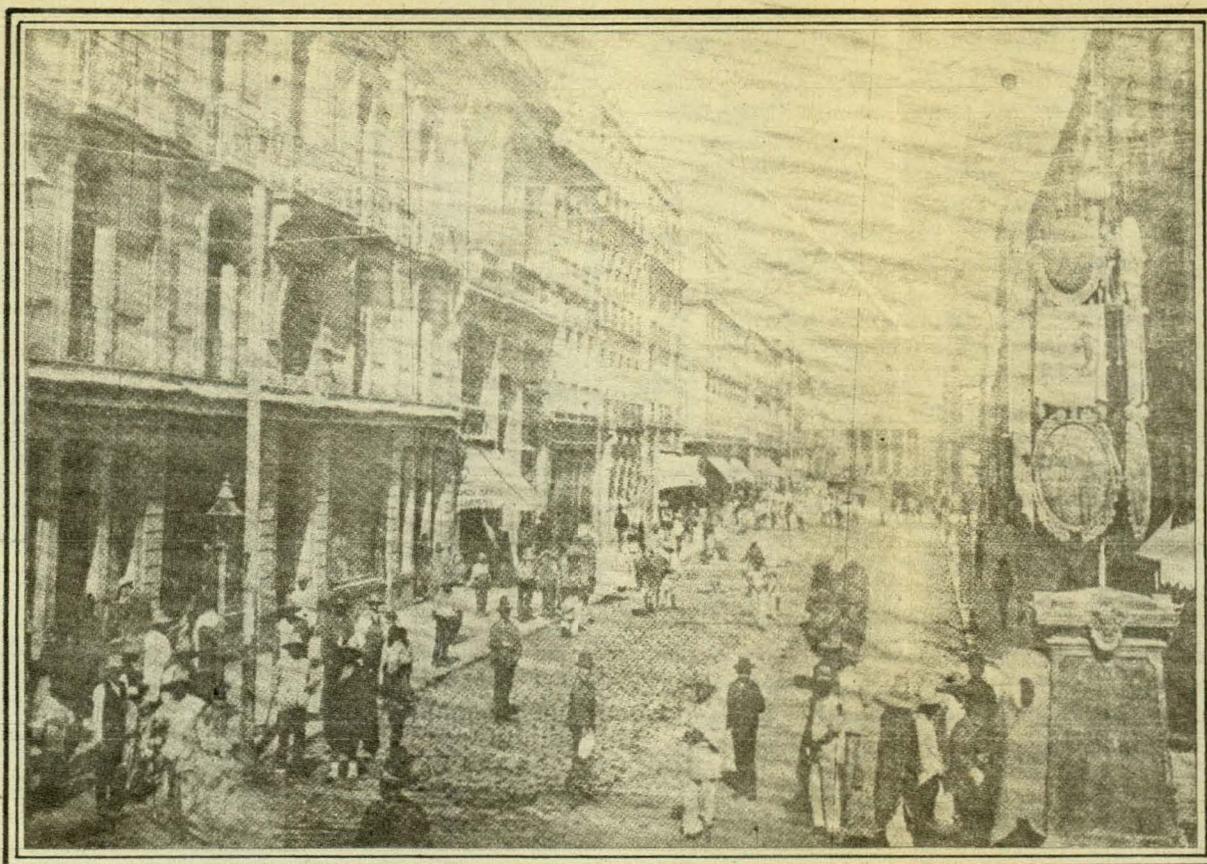
Para contribuir con nuestros débiles esfuerzos a tan noble designio, nos hemos propuesto publicar el presente diario, cuyo objeto más esencial será calmar las pasiones agitadas con tantos años de inquietudes, promover la unión de todos los mexicanos, e indicar lo que creamos conveniente a nuestra regeneración política. De consiguiente, todos los hombres de buena fe, todos los patriotas verdaderos, tienen abiertas las columnas de este diario para dar publicidad a su pensamiento e ilustrar las materias que en él se traten; pero no será de más advertir, que siendo nuestra intención redactar este papel con toda la circunspección y juicios posibles, sin enardecer los ánimos, ni hacer degenerar las cuestiones en personalidades, todo cuanto en él haya de insertarse, deberá ser conforme al plan que nos hemos propuesto. (6)

No pudieron. La quietud les quedó muy lejos, los ánimos se enardecieron acaso más que nunca y la unión mexicana tendría que esperar un buen rato. Por si fuera poco, la escena nacional fue propiedad de los años bravucones de los cuarenta y cincuenta. El ring del pleito que se compró el XIX venía desde la consumación de la Independencia y se centraba en el desamparo de una nación que vio sucederse a cincuenta gobiernos de 1821 a 1850 —casi todos producto del cuartelazo—, en la figura absoluta de Santa Anna, en militares golpistas, en la fiebre de la asonada y el pronunciamiento y en una economía golpeada, destruida por la guerra civil. Con todo, fueron la gran pasión de **El siglo XIX**. Como pasa muchas veces, la vida le guardó a este papel, producto de la visión empresaria y editorial, exactamente lo contrario de aquel sueño pacificador y atento, unificador y apacible. Pero acató inmejorablemente el desafío y las sorpresas del porvenir. Fue un insuperable picapleitos liberal, opositor profesional y buen peleador, aunque a veces monotonero —reunió en su larga edad los más afilados cuchillos liberales y el mejor estilo polemista.

Así, el día en que los editores presentaron en sociedad al recién nacido, los promotores hicieron —como en todos los nacimientos— un plan de esperanza y futuro deseable. Aquella ilustración del **Siglo XIX** fue esta:

La ilustración del siglo demandaba de nosotros un diario de esta clase, que reuniendo la oportuna publicación de sus noticias, lo útil y lo agradable, inspirara de ese modo un interés general a todas las clases y profesiones.

**El Siglo** abrió entonces a tambor batiente con ocho secciones divididas en dos partes, la oficial y



Avenida Cinco de Mayo.

la no oficial. En la primera publicarían prosa con sello de memorándum —proyectos de ley, dictámenes de comisiones de los cuerpos legislativos, comunicaciones administrativas, bandos, etc.—; en la otra, los trabajos del diario se dividirían en dos frentes: noticias extranjeras y del interior de la república. Luego, aparecerían con cierta constancia las partes científica, histórica, literaria, política, mercantil y económica. Del asunto literario los editores escribieron en aquel número:

Contendrá cuestiones curiosas e interesantes, artículos sobre antigüedades, poesías profanas y cuanto haga relación al teatro, la música, a los autores dramáticos y a los compositores.

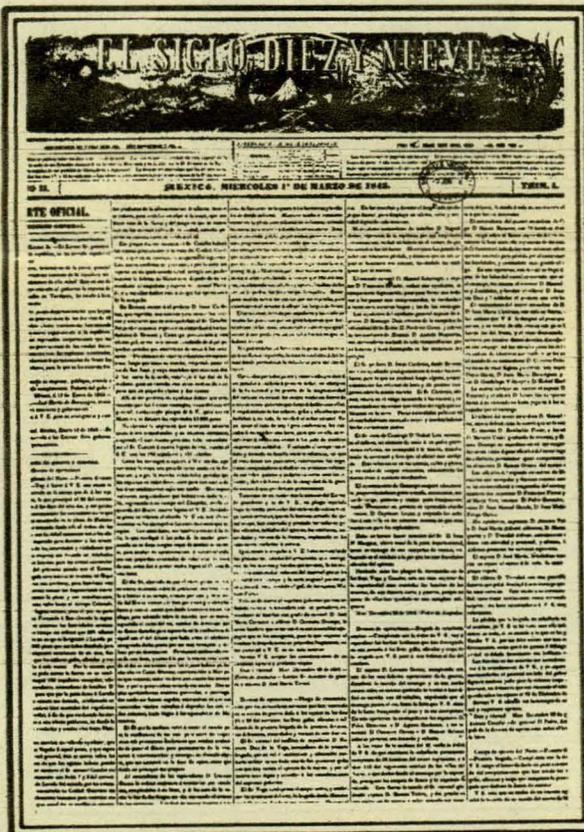
Por supuesto, los redactores del XIX estaban lejos todavía de imaginar el vuelo literario que el periódico tuvo en sus mejores épocas. En sus páginas de literatura escribieron todos, Payno, Prieto, Rodríguez Galván, Altamirano, etc. A su modo, fundaron una ironía que se repetirá muchas veces en nuestra literatura; la de que fueron mucho más escritores en las redacciones

que en la intimidad inspirada. Es decir, fueron mucho más escritores cuando no se propusieron serlo. Mucho mejores escribiendo al día y sobre las rodillas que esperando a las musas del diecinueve. Quien se acerque a los periódicos de ese tiempo sacará la suma de esta cuenta pendiente en la literatura mexicana.

Aquel viernes 8 de octubre del cuarenta y uno **El Siglo** apretó todo lo que había que apretar en la redacción y a partir de las tres de la tarde, hora en que apareció siempre, empezó a andar una máquina que duraría cincuenta y cinco años con sus interrupciones, pasiones y derrotas. El puerto del que zarpó era de guerra, a la orilla dejaba un país en ruinas cuya noticia política más importante ese día, era el arreglo inservible de Bustamante y Santa Anna. Es posible que quienes lo tuvieron en sus manos hayan leído, empujados por la curiosidad, sobre el descubrimiento de Fresné, el "Punto de Apoyo en el Aire", las maravillas increíbles del nuevo motor aerostático. En seguida, pudieron leer una historia cortesana del diecisiete francés traducida para el diario, enterarse del nuevo calendario Cumplido para aquel año y, al final, reconocer este sello que con el tiempo sería común y corriente: "México. Impreso por Ignacio Cumplido. 1841".

Este fue su primer viaje de prueba. La navegación y los años por delante guardaban sus filos en toboganes políticos de guerra, pronunciamientos, censura, invasiones extranjeras. Como todo en esos años, el periódico pasó por la indomable transformación que impusieron los tiempos de un país sin rumbo; entonces, de ser un peleador musculoso de polémica y descontón, se volvió por algún tiempo un diario de anuncios, inocuo y torpe, un pliego amansado por el garrote de la censura. Aun así, los cincuenta y cinco años de su edad trajeron, en total, un periodismo inmejorable cuyo antecedente luchón y perseverante fueron los papeles lizardianos y la prensa insurgente. Su compañero y natural competidor, **El Monitor Republicano**, fue la otra mitad de esa galería liberal. Cuatro años después de su fundación, **El Monitor** recuerda:

Establecido **El Monitor** a finales de 1844, cuando después de la revolución popular del 6 de diciembre, se abría para la república una era de felicidad, procuró, en cuanto le fue posible, coadyuvar a las grandes empresas de regenerar al pueblo a quien la dictadura de las siete bases había sumergido en la



abyección (...) Entronizada del poder la funesta camarilla que constantemente ha soplado el fuego de nuestras discordias para lograr sus liberticidas planes, fulminó los rayos más atroces contra los que como nosotros, le hacían una oposición decidida, sí, pero siempre noble y franca. **El Monitor**, el primero entre los que defendían las libertades del pueblo, fue también el que sufrió los más recios embates de la tempestad (7).

Por su parte, la primera carrera de **El Siglo XIX** es contra el tiempo. Y duró cuatro años, antes de que desapareciera por primera vez; por lo mismo, no desaprovechó un solo tema que tuviera que ver con el país, desde los más cotidianos hasta los que definían en serio el rumbo de México. En ese cesto entraron la santanización del país, la crónica de la provincia, la literatura del momento. Entonces, Payno escribe sobre los comanches una larga crónica, Prieto sobre espectáculos y teatro, Rodríguez Galván publica su "Adiós oh Patria mía" el poema con el que se despide de México. Como sea, en 1845 el diario deja de publicarse; meses atrás los redactores se habían quejado de su profecía:

¿Será que nuestras observaciones en política siempre han de ser el prelude de otras peores? ¿No seremos lo bastante sensatos para evitar los males que hemos sufrido por espacio de veinte años? (8).

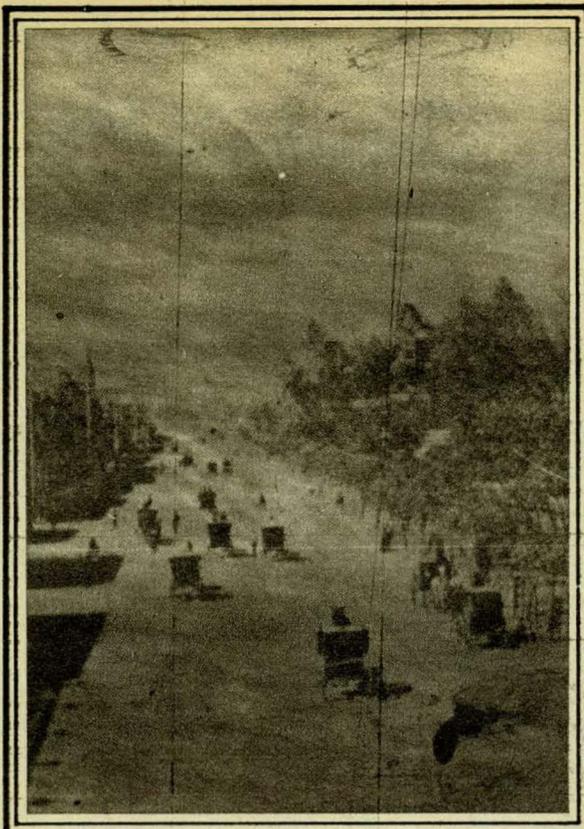
En el fuego diario de estas páginas los escritores moldean sobre la marcha una idea esencial del periodismo: busca infatigable de adhesiones, enlace del país, misión política, patriótica, literaria, correa de transmisión ardiente con los lectores. Esta aspiración es el motor que anima la empresa. La ilusión del Zarco en 1868 era ésta:

El cambio de las ideas que con tanta satisfacción hemos hecho notar, está indicando que antes de mucho la libertad de imprenta ha de quedar sin traba ni restricción alguna y que cuando se trate de reformar la constitución ha de realizarse la aspiración progresista que consiste en que se reconozca que no habiendo delito de opinión, no hay delitos de prensa y se prohíba legislar en esta materia a fin de que la prensa quede tan libre como la palabra y el pensamiento y pueda ser en todo tiempo el custodio de las libertades públicas del país y la antorcha del progreso y la civilización. (9)

Este editorial es también un adelanto de la esperanza zarquiiana del periodismo del diecinueve entendido como defensa absoluta de la libertad y el pensamiento que son, al final, el sueño del país bajo la imagen patria de la "antorcha de la civilización y el progreso". De ahí que su influencia sea la continuación de su misión política y su cuidado el sustrato de la formación nacional:

La influencia del periodismo es doblemente trascendental en un pueblo dominado por la imaginación como el nuestro, cuyo corazón es cera blanda y pasta impresionable, y cuyo espíritu tiene algo de la naturaleza del agua, no sólo por lo móvil, sino por la fidelidad con que refleja las nubecillas que cruzan el espacio. El periodista en México tiene que ser muy circunspecto si no quiere que una noticia tomada al vuelo, o un párrafo de tres líneas, trastornen las miras y los propósitos y les haga formar ideas extraviadas sobre la situación pública. (10)

La Reforma, la Intervención y el Imperio ponen en el centro de la vida nacional y de la prensa una efervescencia total. Y más que literatura, que no faltó, crece un atleta fortachón: la literatura de combate, el artículo político que debate



Avenida Juárez.

sobre la Constitución, los conservadores, los bienes eclesiásticos, la libertad de cultos, de imprenta, de pensamiento, de enseñanza; se habla y escribe incansablemente sobre la supresión de fueros del clero, la validez de los artículos constitucionales. Todo desemboca, como en las bolas de las gitanas, en una certidumbre que hay que pelear: el futuro del país.

La línea de fuego se concentra, principalmente, en **El Siglo XIX** y **El Monitor Republicano**; en ellos escriben José María Lacunza, Mariano Otero, Joaquín Carsoso, Juan B. Morales, José María Iglesias, Melchor Ocampo, José María Lafragua, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Victoriano Roa, Francisco Zarco, Ignacio Ramírez, José María Vigil, José González, Francisco María del Castillo, Sabás Iturbide, Juan Cerqueda, Juan A. Mateos. Las publicaciones se multiplican a la sombra de estos modelos superiores: **El Republicano** (1855-1856), que dirige Pantaleón Tovar; **El Estandarte Nacional** (1856-1857), de Luis G. Bossero y **El Movimiento** (1860-1861).

Un martes quince de enero se presentó de nuevo a las tres de la tarde en las oficinas del **Siglo**. Su director, Francisco Zarco, escribió el editorial del día; reiniciaba sus trabajos el diario en la Ciudad de México mientras en el interior la

guerrilla conservadora se trenzaba con los liberales y otros gestionaban el apoyo de Europa para el establecimiento del segundo Imperio. El embudo financiero de los liberales los llevó a declararse en suspensión de pagos de la deuda exterior; eso fue en julio de 1861, tres meses más tarde la Convención de Londres decidía intervenir en México para cobrarse. En diciembre de aquel año, las primeras tropas intervencionistas desembarcaban en Veracruz, los liberales se disponían a negociar y **El Siglo** reunía fuerzas y artículos para seguir la huella francesa.

El ajeteo de guerra y diplomacia convirtió al **Siglo** en el termómetro político. Zarco disparó a diario un editorial que se repartía con Zamacona y Flores. Los tres revisaron ampliamente la situación: reorganización política, clero, libertad de comercio, ejército, gabinete, poderes. Entonces la literatura viene a menos; lo que hay es obra de la mano del Zarco y son principalmente traducciones que aparecen en el folletón —la parte baja del periódico—, piezas inglesas y francesas. Zarco escribe, dirige y surte cotidianamente al diario de notas sobre el interior del país, publica sus "Estudios Biográficos" —sobre La Bruyère, Milton, la Monja Alférez—; prosigue sus crónicas parlamentarias con las que había tapizado el diario en 1856 —"no como taquígrafo de la Cámara sino como comentador"—. Por lo demás no deja de ser una ironía que mientras despotrica contra los franceses e ingleses que desembarcaron en Veracruz, elogie y saquee la alta cultura y sensibilidad de aquellos. Salvo los esfuerzos zarquiianos, la literatura casi desaparece del diario; no era para menos, la tormenta arreciaba, y ganaba naturalmente el espacio para el artículo político. Fue demasiado, luego de seguirle la huella guerrera sucesivamente a Lorencez, Forey y Bazaine, **El Siglo** desaparece en mayo de 1863. Vuelve en septiembre del 67 y trae cambios, el primero, Pantaleón Tovar como jefe de redacción y la "Revista de la Semana" que aparecía los domingos, era el último tramo de su vida.

Como a los mismos liberales militantes, la paz y la tranquilidad no le sentó bien al **Siglo**, en su carrera final le hizo falta la censura y la pelea constante de la tempestad política, y se apaciguó hasta que se extinguió apaciblemente, como los viejos que mueren de muerte natural.

Duró hasta 1896, cuando la implacable prensa industrial de Reyes Spíndola lo mandó al desván del atraso —entendiendo aquí por atraso los mil ejemplares que tiraba **El Siglo** contra los miles de **El Imparcial**. En cierto sentido así tenía que ser, **El Siglo XIX** pertenecía al pasado y **El Imparcial** arrasaba implantando a su paso el paisaje moderno; aun sin quererlo, y con toda su fuerza renovadora, el tren del **Siglo** atravesó medio siglo de sobresaltos y se formó en el fuego lento de la guerra y la crisis. Por lo mismo, su proyecto fue el del liberalismo militante y la cultura que propuso, y su aliento definitivo fue la República Restaurada. **El Imparcial**, en cambio, descabezó el sueño de la militancia liberal y se encarriló rápido rumbo a la desembocadura pacífica e institucional de los años del porfiriato.

Como en muchas otras cosas, Zarco había adelantado algo de ese final años atrás. El asunto no iba bien, era un jueves de enero de 1863, la invasión francesa y la guerra se encargaban entonces de frenar al **Siglo**; la provincia era un campo minado, Jalapa y Orizaba habían caído, las noticias de Tabasco y Yucatán no fluyeron a la capital cuando cayó su puente orizabeño y los caminos del interior eran intransitables. Entonces Zarco se dio tiempo todavía para un editorial que leído con la ventaja de los años, parece diseñado con un sombrío optimismo casi obligado. Y Zarco escribió esto:

Quienes consideraran hoy la prensa política como una especulación mercantil, tendrían que abandonarla para dedicarse a cualquier otro trabajo más productivo. Pero para esos

**DON SIMPLICIO.**  
Periodico Burlesco, Critico y Filosofico, por años Simples.

MEXICO, ABOGADO 10 DE 1863.

JULIO GARCIA

Este periódico se publica los MIERCOLES y SABADOS de cada semana...  
 TOM III MEXICO, ABOGADO 10 DE 1863. MES II

escritores públicos, que en épocas más prósperas han contado con la simpatía y aprobación de sus conciudadanos, que lo han considerado como órgano del partido progresista, sería en ellos una falta imperdonable, una ingratitud hacia el país, y una verdadera defección abandonar la palestra de la discusión en estas circunstancias, cuando pueden contribuir a la defensa de la independencia nacional. (11)

En efecto, no la abandonaron, pero sólo hasta que la "especulación mercantil" llegó para golpearlos de lleno con los linotipos Martengheale del *Imparcial*. Como pasa a menudo, pudieron más los centavos que la censura y la guerra. Imposible competir con un diario que reduce su precio a un centavo mientras que *El Siglo* cuesta seis; imposible competir con setecientos o mil ejemplares diarios mientras el otro empieza escupiendo ocho mil.

El Siglo se presentó, viejo al cierre del siglo, con la vista cansada y un papel que no le quedaba: el del liberal militante con ganas de entrar a la fiesta porfirista. El *Imparcial*, en cambio, era un joven porfiriano lleno de planes modernizadores que desechaba la crítica como nervio central. Esa fue la última pelea de *El Siglo*. Y la perdió. La primera señal definitiva de la derrota ocurrió en su época nueve, ostentando en su impresión el año cincuenta y cinco. Intentó retomar el vuelo con los vientos seguros del porfirismo, pero no pudo. El primero de diciembre de 1896 exhibió un anuncio destacado en la primera plana: "El Siglo Diez y Nueve aclama al heroico caudillo de oriente, C. General Porfirio Díaz para presidente de los Estados Unidos Mexicanos en el periodo constitucional que empieza el 1o. de diciembre de 1896". El director y propietario era entonces Luis Pombo, el diario costaba seis centavos. El 30 de diciembre de aquel año el otro periódico que venía del pasado, *El Monitor Republicano*, publicó un editorial que firmó su editor y fundador:

Me rehusó a aceptar el mercantilismo en la prensa, ya que hace imposible la existencia del apostolado periodístico; me retiré del estadio de la prensa, en donde nada tengo que hacer, pues el *Monitor* no puede cumplir ya su misión. (12)

Como sucede con otros finales, la decisión ya había sido tomada, esta vez le tocó a *El Imparcial* decidir por ellos.

Los tiempos trajeron también la presencia bravucona y decidida de un grupo de personajes a la altura de los liberales; se trata de los seminaristas universitarios, estrictísimos católicos a bordo de periódicos tan bien escritos como los de Cumplido y García Torres, aunque demasiado mochos y persignados. El primero de esta serie de huesos conservadores tocaba a su fin cuando empezaba lo mejor de la polémica, *El Universal*, donde escribieron Alamán—en sus últimos años—, Elguero, Tagle y Aguilar, Roa Bárcena. El mismo Siglo XIX los reseñó así, con más miedo que crítica:

#### LA CULTURA EN MÉXICO

Suplemento de Siempre!

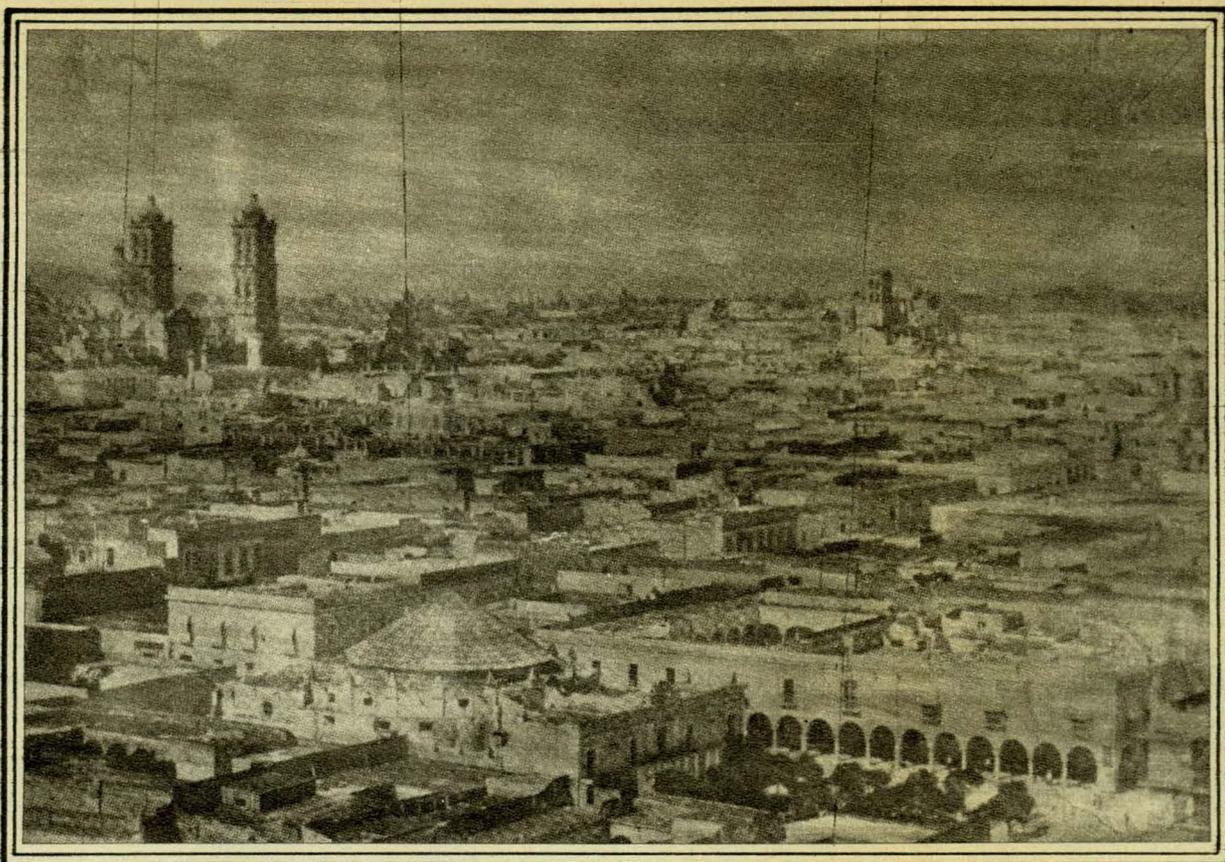
Director General: José Pagés Llergo

Coordinador: Carlos Monsiváis

Consejo de redacción: Luis Miguel Aguilar, Sergio González Rodríguez, José Joaquín Blanco, Rafael Pérez Gay, Alberto Román, Antonio Saborit, José María Pérez Gay, Enrique Mercado.

Diseño: Bernardo Recamier.

México, D.F., marzo 5, 1986 No. 1255.



Puebla.

Más de un año hace que se estableció en la ciudad de México un periódico que llevando las miras de transformar el orden de cosas existentes, consagró sus primeros trabajos a combatir los principios fundamentales de nuestras instituciones. La soberanía del pueblo, las garantías individuales, todo fue objeto de los ataques de *El Universal*. Dijo que los héroes de la Independencia son unos fascinerosos. Así como el órgano de un partido que se denomina conservador pugna por destruir lo existente.

Como sucede siempre en las peleas que deciden antes del final a un vencedor, la victoria liberal ablanda enconos y corajes políticos, los redactores de *La Cruz* (1855-1858), Roa Bárcena y Pesado, cierran su diario con esta despedida:

Nuestro periódico no deja tras de sí recuerdos amargos: ceñidos a discutir las doctrinas, ha respetado las personas. Cuantas plumas han contribuido con él, se propusieron por regla inviolable, no desnaturalizar una buena causa con expresiones indignas de ella.

Por su parte, Justo Sierra escribe de *La Sociedad* (1855-1867), que dirige Roa Bárcena:

El más templado, el mejor escrito, el menos dañoso de los órganos conservadores, dirigido por Don José María Roa Bárcena, un sectario ciertamente, pero un hombre de gran inteligencia y de alto y sereno patriotismo.

Los aires de absolución que traen las palabras de Sierra son ya la señal del triunfo liberal y el anuncio de la apertura de los periódicos a una nueva idea. En efecto, los años que corren entre 1850 y 1867, no son los mejores en literatura; y aunque nunca faltó, los espacios públicos fueron sobre todo políticos, combativos, pendencieros y rabiosamente polémicos. De hecho, los periódicos reproducen ya la atmósfera de la República Restaurada; queda atrás el problema de cuál había de ser la organización política que regiría al país y que se aprobó, como explicó Cosío Villegas, en una institución moderada con la Constitución del 57, transformada en una Constitución pura con las leyes de Reforma y llevada a su victoria final en la guerra de Tres Años y de Intervención. Sigue Cosío: el problema ya no era combatir a los conservadores, pues habían sido venci-

dos ya, sino convivir con ellos. En 1867 suena la campana literaria, y Altamirano la toca:

Hace algunos meses, la prensa no publicaba sino escritos políticos y obras literarias extranjeras. Hoy están publicando a un tiempo varias novelas, poesías, folletines, artículos de costumbres y estudios históricos, todo obra de jóvenes mexicanos, impulsados por el entusiasmo que cunde más cada día. El público, cansado de las áridas discusiones de la política, recibe con placer estas publicaciones, las lee con avidez, las aplaude; y todo nos hace creer que dentro de poco podrá la protección pública venir en auxilio de la literatura y recompensar los afanes de los literatos, no siendo ya este trabajo estéril y sin recompensa.

En diciembre de 1867 un grupo de escritores se reúne para festejar a Guillermo Prieto y oírlo leer algunos versos. La escena entrega el salón de una casa vieja, decorado como lo dicta la época: una consola, candelabros, un gran espejo al fondo ceñido por un marco barroco—clásicamente dorado—, un librero que guarda las ediciones de clásicos infaltables en toda biblioteca de algún culto del XIX; en el centro del saloncito alfombrado hay una mesa con libros y revistas, jarrones con flores, algunos adornos anónimos que cierran el círculo del ornato. Ya entrada la noche Prieto se dejó oír por un buen rato; más tarde otro de los invitados, José Cuellar, leyó "Los Árboles"; el dueño de la casa, Ignacio Manuel Altamirano, recitó "Atoyac"; el doctor Paredo leyó algo de poesía y Olavarría, Chavero y Elizaga improvisaron y combinaron con música de piano. La velada acaparó una estampa nocturna del diecinueve, se comieron pasteles, hubo brindis y felicitaciones, chismes y ademanes enfáticos. Se fundaba entonces el Liceo Hidalgo. La noche presentó, además, aun anfitrión del que se hablaría mucho en esos días, Ignacio Manuel Altamirano.

#### Cuentistas sin cuentos.

La historia literaria subestimó muchas veces este saludable, elemental origen que halló la prosa en el periodismo. Siempre que se acercó a su objeto de estudio lo hizo desconfiada, midiendo con la vara de los géneros y las escuelas que como se sabe, al final son siempre falibles y de cartón.

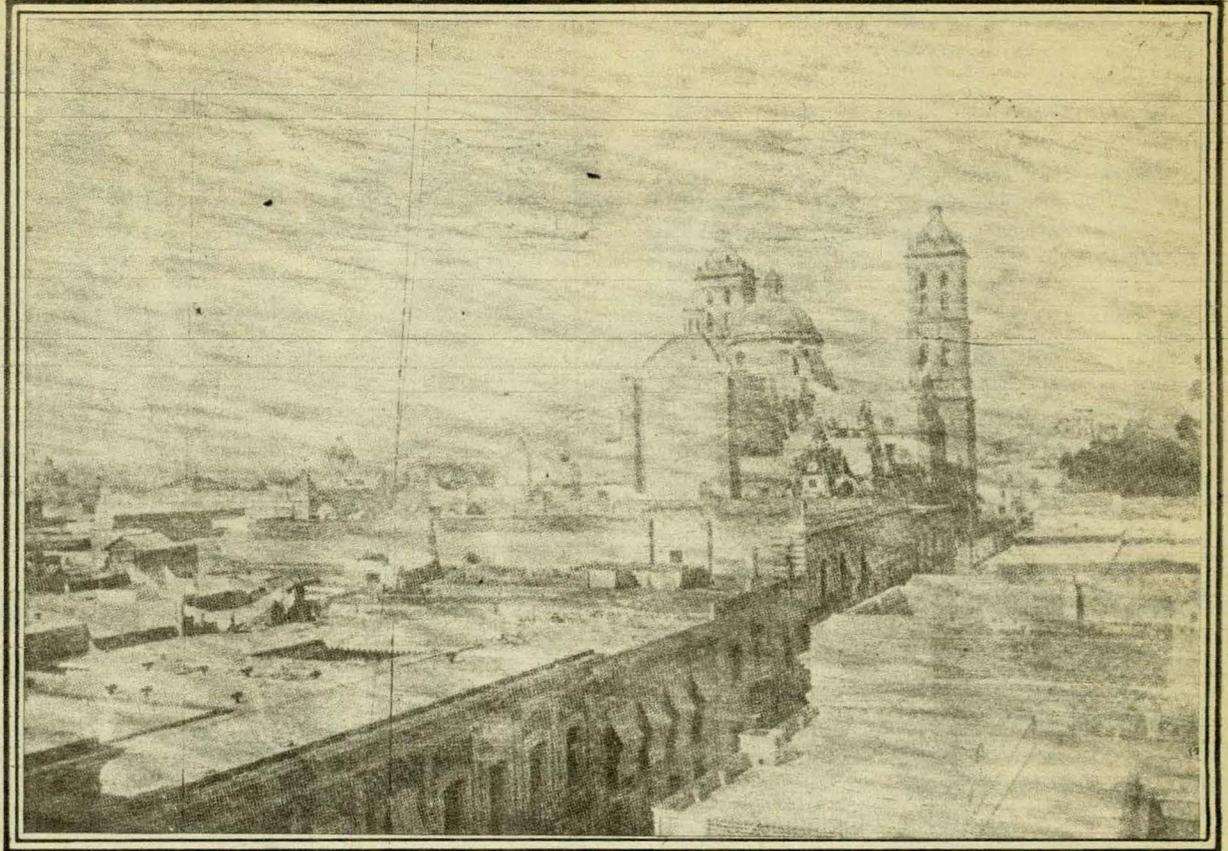
Además, el tiempo jugó contra aquel híbrido de prosa. Por dos razones. Primero porque las pocas ediciones de que disponemos nunca fueron pensadas como libros —la industria editorial es prácticamente una desconocida en el diecinueve—, su producción era carísima; los libros que se editaron fueron impresiones de los mismos periódicos que aparecieron bien entrado el siglo. Después, porque a la búsqueda de nuestros tenebrosos poetas, hugos tumba tiranos, dickens urbanos, paisajeros lamartines, la historia literaria militarizó la producción encasillando y dividiendo a diestra y siniestra. Esta lógica dictó que eran cuentos textos que nunca lo fueron, y desechó aquello que no tenía características genéricas escolarmente reconocibles. De entrada, esto quiere decir que hay una vasta zona virgen de la literatura mexicana, ¿dónde quedaron las memorias, los libros de viaje, las prosas sin más ascendencia que su sello narrativo?

Las antologías de cuento mexicano han pisado esta trampa de cubículo y academia. La de José Mancisidor, la de Ortiz de Montellano, la de David Huerta y la de Erasto Cortés repiten esta inhibición. Y si hay que antologar a Payno, el primer conejo que salta es "Amor Secreto", ese relato de corte "romántico" sobre el amor imposible y la muerte de la amada y no, por ejemplo, "Viaje sentimental a San Angel". En su turno, Roa Bárcena pasó el cedazo del cuento con "Lanchitas", la relación del padre Lanzas y su encuentro con lo sobrenatural y no con la primera parte de "Combates en el aire" o "Churubusco", esa estupenda narración sobre la invasión norteamericana y la toma del convento. Prieto tuvo más suerte, o mucho más fuelle como escritor; cada vez que se le antologa se acierta, así sea "Una Noche de Carnaval" o "El Marqués de Valero", que eligió Mancisidor; o "Vaya unas Personas Obsequiosas", que antologó Cortés. Así se abrieron paso las antologías de cuento y, ciertamente, nos procuraron textos que de otra forma difícilmente habríamos leído, pero siempre como bajo la sombra de Madame de Staël y Brunetiere —esos clasificadores incorregibles—, entre la rigidez del género y el miedo a saltarse sus fronteras invisibles.

Por lo mismo, no hay ninguna razón que impida leer como cuentos la prosa que reúne a ustedes les consta, de Carlos Monsiváis. Esta selección agrupa bajo el nombre de crónica —y en lo que al diecinueve toca— piezas hasta entonces fuera de concurso; el esfuerzo de síntesis e interpretación engloba prosa varia sin apretarse con el corset del género y le devuelve a la narrativa su cultura original.

Metidos entonces en el pleito de los géneros, hay que decir que el cuento es una opción cultural que surge en la segunda mitad del siglo, cuando se generalizan los temas, los personajes y el habla de la sociedad. Por eso, no puede afirmarse que "Alberto y Teresa" de Payno, o la "Noche al raso" de Roa Bárcena sean cuentos. Se dice también frecuentemente que Roa Bárcena es el creador de nuestro cuento moderno —acompañado por Riva Palacio—; nada más falso, el primer cuentista nacional-moderno es Gutiérrez Najera, y tardará aún algunos años para entrar en escena.

Leídos así, no hay un solo cuentista entre 1840 y 1867 —y más adelante todavía— que alce el vuelo narrativo. Hay una profusión de textos, en cambio, y una decisión central: usar el lenguaje, conectarlo a la sensibilidad, al amor, a las emociones, una verdadera hazaña en una sociedad fundamentalmente opresiva que dejó a la corte virreinal el estudio y el goce de los sentimientos. Por eso todos los relatos breves de la época se confunden con el romanticismo a través de un descubrimiento: el rescate del paisaje nacional, los laberintos de su geografía; la tarea de los tiempos fue describirlo por primera vez y adentrarse ante sus dones naturales. Entonces, Payno contará como hazaña victoria un viaje a San Angel o una expedición a Monterrey; Roa Bárcena elevará a



Puebla al cerrar el siglo.

rango de arte el vuelo de los papalotes en "Combates en el aire"; Florencio M. del Castillo narrará la muerte y el amor de una jovencita ayudado por un discreto toque malherbiano en "Botón de Rosa":

Era muy temprano aún; la aurora teñía de púrpura y oro el cielo y las estrellas de desvanecían tras el velo de plata que se extendía por el firmamento; la tierra iba despertando llena de vida; las flores abrían sus pétalos, los pájaros gorjeaban en la enramada, el ambiente cargado de aromas traía placer y salud.

El paisaje como fuente de placer desemboca en la necesidad de liberar las emociones. A todos estos narradores los une un corazón de fuego, la exageración sentimental y su literatura entregará un ejército de jóvenes consumidos por el amor no correspondido, muchachitas en el acto irreversible de la concunción amorosa, amantes que lloran de ternura, donjuanes que llevan al infierno de la sensualidad a mujeres que tiemblan de felicidad por un beso, hombres que enloquecen de amor, despechados que cambian su vida por vengar honor y pérdida amorosa, abandonadas que se dejan morir por una decepción. Este viaje sentimental hizo que los relatos tuvieran un público trémulo de mujeres que reconocieron en

esa literatura un espejo de mano y un escape, un deseo y una realización secreta.

La otra punta literaria tiene que ver con la tradición oral, las leyendas coloniales, los cuentos de espantos. Estremecerse ante lo sobrenatural es también un modo de cultivar la sensibilidad, despertarla: si el amor es un tema central —Payno escribió una serie de artículos sobre las mujeres, el matrimonio y el amor, Prieto sobre el placer conyugal y Zarco una serie de aforismos y consejos sobre vida cotidiana—, el paso inexplicable hacia lo misterioso será su horizonte. Ninguno se negó esa extensión romántica de fantasmas chocarreros y almas en pena caminando por el casco abandonado de una hacienda. Riva Palacio, que dedicó casi toda su energía novelística a volver tradiciones los legajos que habitan los archivos de la inquisición, escribió en "Leyenda de un Santo" esta declaración de principios: "La historia no cuenta todo así; pero a mí me halaga más la tradición".

La veta de los espantos tiene tres momentos narrativos recordables: "Lanchitas" de Roa Bárcena, "Aventura de un Veterano" de Payno y "El Marqués de Valero" de Prieto; estas tres estaciones rumbo a lo desconocido son la mejor muestra de la leyenda: de la casa de fantasmas a la locura, último paso a lo inexplicable.

La prosa que ofrecen los años del romanticismo es también un desafío crítico. Cómo atraer estos textos al presente, cómo leerlos sin que provoquen bostezos o muevan a risa. Cómo evitar la superioridad irónica ante digamos este corazón en la mano de Florencio M. del Castillo:

¡Oh! Las mujeres jóvenes mueren porque Dios las quiere librar de toda mancha; lo delicado, lo hermoso, lo poético, dura poco en el mundo, porque no es el mundo su patria, y sólo viene a él para despertar en nuestro corazón el amor verdadero y enseñarnos a aspirar al cielo.

O bien este rincón del alma de Roa Bárcenas: Hay almas que no han nacido para amar, y a quienes pueden conmovir la vanidad, la fuerza, la belleza material, la riqueza; pero no las santas misteriosas dotes de un corazón como el de María.

En efecto, uno puede entrar por la risa y leer estos materiales con la cifra ventajosa de nuestros modernos melodramas, la telenovela, el bolero, el cine nacional; de este encuentro, los textos salen cursis, ridículos, primitivos, chabacanos. Pero el asunto literario está en otra parte, y de

**EL UNIVERSAL.**  
PERIÓDICO INDEPENDIENTE.

MEXICO.—Lunes 9 de Julio de 1849.

AL PÚBLICO

EL UNIVERSAL

NOTICIAS CORRESPONDIDAS

Remedio

El remedio